1900 NOVIEMBRE NÚM. 1.

R.2452

EL TEATRO

2 MAR 2005

DIRECTOR ARTÍSTICO
JOSÉ DEL PEROJO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
57, SANTA ENGRACIA, 57

DIRECTOR LITERARIO
SALVADOR CANALS

JOAQUÍN LEGUINA BIBLIOTECA REGIONAL

Fotografía Borke — *Fotograbado «Nuevo Mundo»*

MARIA A. TUBAU, EN «LA DAMA DE LAS CAMELIAS»

EL TEATRO

Núm. 1.º

TEATRO DE LA PRINCESA

Noviembre 1900

Fotografía Borke

MARIA A. TUBAU

Fotograbado «Nuevo Mundo»

CRÓNICA GENERAL

No podrá ser esta del primer número de EL TEATRO, como las que en los números sucesivos aparezcan, una revista general del movimiento teatral en el mes precedente con el comentario documentado de los acontecimientos que ofrezca ó de los problemas que plantee. Fuerza es que, al llamar á los lectores, los saludemos en el umbral de nuestra casa y les presentemos nuestras intenciones, con la sobriedad que cuadra á quien siente decidido propósito de realizarlas.

Por de contado que nuestro programa no es de regeneración. Al punto á que han venido las cosas en esto del teatro, no es su regeneración, que regeneración indudablemente se ha menester, empresaque pueda acometer un periódico por poco que en él esté adormecida la vocación del martirio. Harto hará uno si logra no contagiar el gusto propio al roce del ageno, sin meterse en la arriesgada aventura de torcer el rumbo por donde vayan los de la masa soberana, de abrumadora soberanía singularmente en estas cosas del teatro.

En los comienzos de una decadencia social, por cualquier aspecto de la vida de una sociedad, se puede establecer una responsabilidad concreta y señalar un responsable; pero si se somete á estudio esa decadencia al cabo de algunos años de comenzada, ¿quién será capaz de discernir y castigar culpas ni de premiar inmaculadas inocencias?

Pues así en esta situación de nuestro teatro, si se puede señalar tal ó cual pecado de origen, una ú otra infección inicial, ¿cómo definir hoy si los autores se achican porque el público se ha empequeñecido, ó si este achicamiento es fruto de aquél, ni si la crítica es digna de los criticados, ó si son estos los que buscan el nivel de aquella? La única conclusión en que se puede parar es que en esta decadencia particular del teatro, como en la general de la nación, todos hemos puesto nuestras manos, y nada se remediaría con que uno la levantase para darse golpes de pecho, mientras los demás dejaran las suyas donde están, y en huelga las conciencias.....

—¿Pero da usted por sentado que estamos en un período de decadencia teatral?....

Diré á usted. Si miramos á la cantidad, tanto de teatro producido cuanto de público consumidor, nunca hemos estado tan boyantes como ahora. Si atendemos á la calidad de lo uno y de lo otro, la decadencia es notoria y profunda.

Digo lo primero, porque nunca ha sido tan numeroso como ahora el censo de los que del teatro viven, escribiéndolo ó.... instrumentándolo en cualquiera de sus altos y bajos menesteres; porque nunca ha funcionado en Madrid tan crecido número de teatros, ni de compañías en provincias; porque nunca se ha construído tantos coliseos; porque nunca se ha pagado á autores, cómicos y danzantes tan abundante soldada; porque nunca se ha arriesgado tan considerables capitales al azar de estos negocios, y porque nunca se ha visto en la gente mayor entusiasmo ni más decidida afición á éste y á todos los géneros de distracción y esparcimiento. En cantidad, pues, no hay decadencia.

Digo que la hay en lo concerniente á la calidad, por la vida precaria de todos esos elementos al teatro dedicados; por la ruindad artística de la mayoría de las obras que se produce; por la pobreza de ideas en tan abundante producción; por la rareza de los grandes éxitos verdaderos, frutos del arte, no de causas circunstanciales y mezquinas, y porque nunca ha sido tan fácil para los principiantes, digan lo que quieran los *ratés*, el acceso á los escenarios, probándose con ello que no tienen para defenderlos los veteranos ni muy viva fé ni fuerzas muy grandes.

No oculto que hay para la evidencia de este mal algunas maneras de consolarse, ó de aliviar, al menos, la amargura que pueda causarnos.

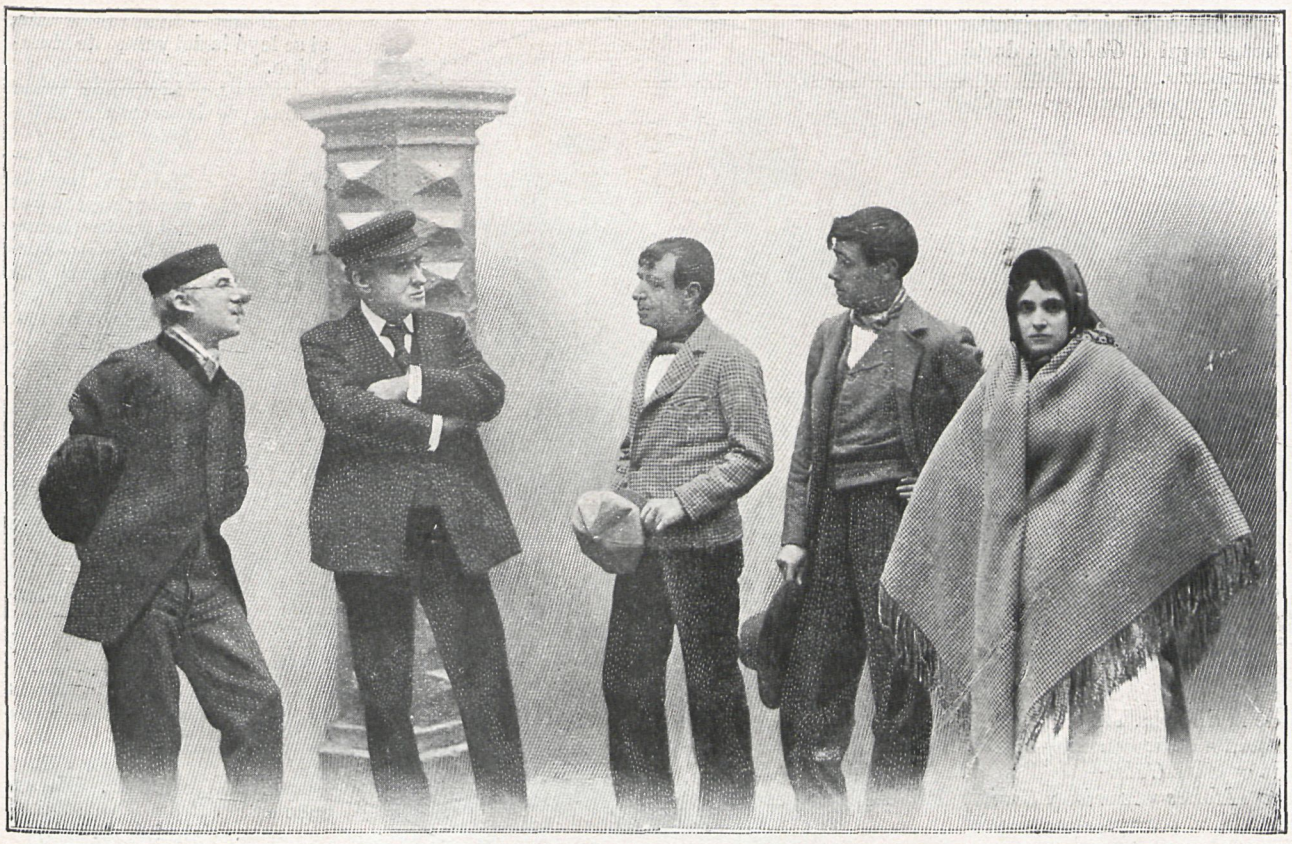
Una de esas maneras es recordar que, en todo tiempo, incluso en los áureos y refulgentes, ha habido quien llore decadencias; tanto porque no es posible abarcar en sumario balance una época mientras se va formando ó *viviendo*, cuanto porque no puede haber procesión sin tarasca ni familia sin Judas. También puede ser un consuelo el pensar que no es el teatro lo decadente, sino la sociedad española toda y en todo, que estando así mal podía tener un teatro flamante y robusto. Cuando todo es género chico por arriba y por abajo, ¿no sería monstruoso que no lo fuese el teatro?

Más eficaz que este consuelo doloroso de aliviarse de una pena chica pensando y sintiendo una pena grande, paréceme el de recordar que en todas las naciones hay quien lamente situación análoga á la que nosotros comentamos. La literatura general, el puro arte literario, atraviesa en todo el mundo por crisis terrible y honda. Las raras obras que se imponen á la admiración de muchos y al respeto de todos, lógranlos más por circunstancias independientes de ellas, por transcendencias filosóficas, sociales ó políticas, que por los nobles y desinteresados encantos de la belleza literaria, pareciendo agotado el filón de las grandes concepciones humanas, permanentes al través del tiempo, universales al través de las fronteras de pueblos y de razas. En el teatro se observa más gravemente ese fenómeno, y ninguna nación puede alabarse de producir obras definitivas, algo más que atisbos de un arte entre sombras, algo más que tanteos vacilantes sobre el suelo inseguro.

¿Cómo pretender papeles de regeneración para semejante estado? No, no. Distraer los ojos con unos cuantos grabados que reproduzcan la escena fugaz del drama de un día, el personaje deleznable del sainete de cien noches; entretener los oídos con un poco de prosa en que lealmente se refiera lo visto y escuchado por encima de las baterías resplandecientes. A los que vayan al teatro ofreceremos un *memorandum* de sus impresiones momentáneas, y á los que no las sintieron, daremos datos bastantes para conocer y apreciar por sí mismos lo que otros exaltaron al triunfo.

Tal vez serviríamos mejor á nuestro país y á nuestros nervios, como recomendaba D. Juan Valera, cavando en la tierra para arrebatarle piedras ó fiarle semillas, ó abriendo una escuela de instrucción primaria.... Renunciamos la mano de doña Leonor, y ya que no podamos servir al país, procuremos divertirlo, y diciendo como en el teatro latino *Acta est fabula*, dejamos al público la ardua sentencia.

Salvador CANALS



ACTO III.—ESCENA III.—*Jeremías* (SR. LA RIVA), *D. Miguel* (SR. VALLÉS), *El Membrillo* (SR. MARTÍNEZ), *El Ojeras* (SR. VALLE) Y *La Ricitos* (SRTA. TEJADA)

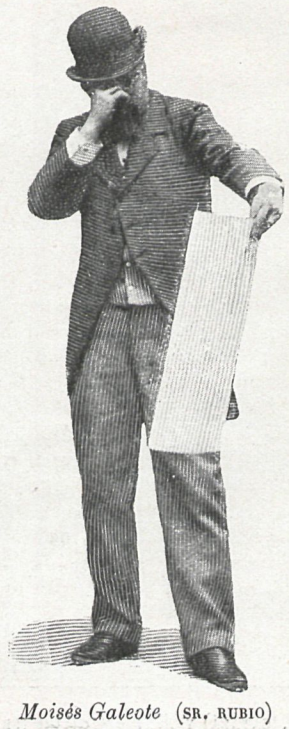
LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, DE LOS SRES. ALVÁREZ QUINTERO, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA EL 20 DE OCTUBRE

Ha sido el primer éxito de la temporada de 1900 á 1901. El anuncio de que los hermanos Quintero, tan aplaudidos en el sainete en uno ó dos actos, con música ó sin ella, preparaban una comedia en cuatro actos, produjo vivísima curiosidad y despertó grandes esperanzas. Estas no fueron defraudadas, y aquella quedó satisfecha en la noche del 20 del pasado Octubre. El público acogió *Los Galeotes* con calurosos aplausos, y la prensa celebró la nueva obra, siquiera no faltase algunos críticos que procuraron atenuar la importancia que pudiera darse al triunfo por los que no lo presenciaron.

No se trata, en efecto, de una verdadera comedia digna de figurar por sus caracteres y por sus ideas entre las obras de ese alto género teatral, sino de un sainete en cuatro actos, observado sagazmente, desarrollado con habilidad extraordinaria, sazonado con finísimo donaire, y en el que campea el exquisito gusto que caracteriza las anteriores producciones de estos jóvenes y populares ingenios.

El primer acto se desarrolla en una tienda de libros viejos, de Madrid. En ella vemos, al levantarse el telón, á *D. Miguel*—admirablemente representado por el señor Vallés,—entretenido en su lectura favorita, *Don Quijote de la Mancha*, y á *Jeremías*,—Sr. La Riva—hermano de la difunta esposa del librero y que junto á la nobleza irreflexiva y descuidada de éste representa una suspicacia socarrona y malévola, impertinente sin duda, pero necesaria para moderar los ímpetus generosos de su cuñado. Entra en la tienda una linda muchacha pobremente vestida, y ofrece á *D. Miguel* un libro. Este lo rechaza por incompleto: es una gramática y le falta la clave de temas... Se marcha la muchacha, y *Jeremías* reprende á *D. Miguel*, que, harto de oirle y llamado por la criada, una andaluza saladísima que representa muy bien Matilde Rodríguez, se retira hácia el interior de la casa... De la calle viene *Gloria* (muy discreta en este papel la señorita Catalá); *Jeremías* se va á la taberna de enfrente, y vuelve la muchacha de antes que ha encontrado la clave y viene á vender su gramática.



Moisés Galeote (SR. RUBIO)

Esta muchacha entabla inmediatamente conversación con *Gloria*, revelándose desde el primer momento como una atolondrada de ingénita bondad.

Logra colocar su gramática, y de palique con el librero habla de la familia con quien vive, su padrino *Moisés Galeote*, y un hijo, *Mario Galeote*... Efusivamente declara *Don Miguel* que ese *Moisés Galeote* fué compañero suyo en Córdoba; la chica se marcha y *Jeremías* dice:

—Antes de cinco minutos tienes aquí á *Galeole* á darte un sablazo.

—¡Vamos, hombre!-replica *D. Miguel*.

—Antes de cinco minutos—insiste el otro, y, en efecto, al poco rato entra como un torbellino *Moisés Galeote* (interpretado por Rubio con sumo acierto), y pinta á *D. Miguel* tal cuadro de miserias domésticas, que el buen librero le ofrece toda su protección para remediar la angustia de los *Galeotes*.

Gloria Y *Carita* (SRA. PINO)

El segundo acto tiene por escena la trastienda de la librería. Ya están metidos en la casa los *Galeotes*, *Moisés* y *Mario*, y *Carita*, la ahijada del primero, representada con talento y gracia por Rosario Pino. *Moises* come la sopa boba; *Mario* convalece de su pulmonía, y *Carita* ayuda eficazmente á todos los menesteres de la casa. *D. Miguel* está contento; *Gloria* encantada, y *Jeremías* gruñendo. El encanto de la niña se explica, porque está enamorada de *Mario* y éste ve en ella un filón que explotar con la desvergüenza propia de galeotes. El padre aconseja; el hijo galantea, y *Carita* vigila para que no acabe en drama el sainete en que pone tanto la ingenuidad de *Gloria* como la truhanería de *Mario*. En dejarnos ver todo esto pasa agradablemente el acto, sazonado por las extravagancias de *Pedrito* (una creación de Mendiguchía), dependiente del librero y aficionado á comediante, terminando el cuadro con una escena que produjo verdadero entusiasmo y que da clarísima idea del pensamiento del autor.

Es de noche, y todos se reunen en la trastienda para pasar la velada. Propone *D. Miguel* la lectura del *Quijote* y todos aceptan.

D. Miguel.—¿Dónde quedamos? ¿En la aventura de los ejércitos?

Mario.—No, señor; en la de los batanes.

Gloria (SRTA. CATALÁ) Y *Mario Galeote* (SR. GARCÍA ORTEGA)

D. Moisés.—Avanzamos más, si se leyó la del yelmo de Mambrino.

Jeremías.—Llegamos hasta el final de la aventura de los galeotes.

D. Miguel.—Hombre, tienes razón: alguna vez habías de tenerla.

D. Moisés.-Justo. Recuerdo que Mario jugó del vocablo con nuestro apellido.

Mario.—Es verdad.

Jeremías.—Precisamente. Dejaste la lectura, ¿sabes? cuando el Caballero de la Triste Figura les da libertad á los galeotes... y ellos le pagan á pedrada limpia.

D. Moisés.-¡Qué humano es eso!

Mario.—¡El pan nuestro de cada día!

D. Miguel.-Pues empezamos capítulo. Oigan ustedes.

Carita.—(Me iré, me iré.)

Gloria.—(¿Qué tendrá Carita?)

D. Miguel.—«Viéndose tan mal parado, Don Quijote dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar...

Jeremías.—¡Esa es una verdad como el puño!

D. Moisés.—(¡Este tío!)

Mario.—(¡Este zorro viejo!)

D. Miguel.—(Sigue leyendo..) «Que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco...»

Cuando empieza el tercer acto, en la misma decoración del anterior, don *Miguel* comienza á vacilar en su fé para los *Galeotes*. Han cometido estos ya tales incorrecciones y groserías, que la nobleza del buen librero empieza á rendirse á las suspicacias de su cuñado. El *Galeote* padre se dedica por todos los medios á saquear á su protector, y de la librería desaparecen unos cuantos ejemplares de alto precio. Por sus trapisondas se ve aquella casa invadida de gentuza ordinaria y equívoca, provocándose escándalos allí has-

Fotografía Alcazar *Fotograbado «Nuevo Mundo»*

MATILDE MORENO
DEL TEATRO DE LA PRINCESA